

# Capítulo 20 - Luces pálidas

Las múltiples recompensas que obtenía por haber sido privada de su duelo fueron varias.

El sargento Mandisa envió a un cirujano de la Guardia a coser el herido en su cabeza y ella se sentó a comer un plato caliente después. Poco más que estofado y pan, pero ambos estaban tibios y, tras días huyendo, le habría alegrado incluso una piedra caliente. Los devoró con rapidez y el sargento Mandisa le ofreció incluso una copa de brandy, que ella no había compartido con nadie más, antes de darle una palmada en el hombro.

—Hay unas cuantas espadas en el arsenal —dijo—. Échales un vistazo cuando termines.

Hizo una pausa mientras la hermosa sargento la observaba de arriba abajo.

—Wen me dijo que te recordara que también hay ropa, si quieres algo para llevarte que sirva—, elogió el sargento Mandisa—. Esa apariencia de camisa y chaqueta que llevaste es bastante llamativa.

Angharad se quedó totalmente inmóvil, con el dedal en mano.

—Es sorprendentemente en tendencia —de acuerdo Isabel, sonriendo—. Podría encajar en salones con algunos ajustes, quizás un lazo de seda en la cintura o un chaleco abierto.

—Corpiños de colores —sugirió la sergenta Malani—. Así podrás verlos a través de la camisa.

—Escandaloso —admiró Isabel con aprecio.

Angharad se encorvó y bebió su dedal de brandy, aunque tristemente no podía desaparecer en él por pura mortificación. Tal vez un chaleco sería adecuado, si la Guardia aún tenía alguno. Su abrigo necesitaba arreglos de todos modos. La sargento Mandisa se fue caminando tras haberla palmado otra vez en la espalda, dejándola con el rubor en las mejillas.

—Hay un pozo para beber agua y otro para la palangana —le informó Brun, quizá por compasión—. Te mostraré dónde están para que puedas limpiarte.

—Sería un poner —admitió Angharad.

Tristán había hecho un buen trabajo eliminando la sangre, pero no le interesaba la mugre más allá de lo que pudiera infiltrarse en sus heridas. Le sorprendió que Isabel pudiera soportar sentarse frente a ella, considerando cómo debía oler.

—Tengo el primer turno en la fila después de que la Guardia termine con esto —le dijo Song—. Como mencioné antes de nuestra pausa, puedes quedarte con él.

—Es una gentileza de tu parte —dijo Angharad, asintiendo en agradecimiento.

—Es lo mínimo que debemos —dijo con significado la Tianxi—.

Su mirada se dirigió hacia el extremo de la mesa, distrayendo a Angharad de recordarle que no le debía nada en absoluto: Song le había salvado la vida en el Bluebell. La mujer de ojos plateados la observaba fijamente a las dos sentadas cerca del borde, el maestro Cozme y Remund Cerdan. Ambos permanecían en silencio, incómodos. Ahora que el calor del momento había pasado, ambos luchaban con la realidad de haber entregado a Augusto Cerdan a su espada. Fue el propio Cozme Aflor quien quebró el silencio primero, sacudiendo la cabeza.

—Es como ella dijo —admitió—. Y cumpliste tu palabra al pie de la letra: fue otro duelo que intentaste luchar.

Había una frialdad en la forma en que la miraba ahora, una cautela. ¿Había adivinado que usar la formulación precisa en sus palabras era su verdadera intención desde un principio? Remund Cerdan, en cambio, parecía más cansado y enojado que otra cosa.

—Ojalá pudieras acabar con él —dijo—. Cozme no permitiría que lo hiciera yo mismo—

—Tengo órdenes explícitas en sentido contrario —respondió la soldado con firmeza.

—De lo contrario, no habría llegado a un santuario con vida —continuó Remund, apretando los dientes—. Intentó asesinarnos con ese disparo, a mí y a todos.

"Hubiera podido derrotarlo si Song no me hubiera detenido," admitió Brun. "Antes de que todos huyéramos, quiero decir."

"Lo último que necesitábamos era comenzar a pelearnos entre nosotros," respondió Song con firmeza. "Todo lo que lograríamos sería ayudar a los cultistas."

Cozme asintió con gratitud, pero dudó al dirigir la mirada hacia Angharad.

"Augusto Cerdan ya no está bajo mi protección," le informó finalmente. "Me aseguré de que llegara a un refugio y tuviera la oportunidad de retirarse de las pruebas, no le debo nada más."

"Entonces, ¿se quedará él?" preguntó Angharad, sinceramente sorprendida.

Remund se rio con dureza.

"Debe quedarse," dijo el joven Cerdan. "Estará deshonrado cuando Isabel y yo regresemos a Sacromonte, quizás incluso expulsado de nuestra familia."

"A menos que Lord Cerdan busque un conflicto con la Casa Ruestá, seguramente será expulsado," afirmó Isabel con frialdad.

"Crees que intentaré matarte," dijo lentamente Angharad. "Para que la información no llegue a oídos del enemigo."

"No para impedirlo, eso sería demasiado difícil. Pero está entendido entre las casas que las muertes en el Dominio deben quedar en el Dominio," explicó Isabel. "Ha ocurrido antes, lo comprendes. Él estaría rompiendo los límites de la tolerancia, por supuesto, pero si regresa y nosotros no..."

"Cualquier heredero es mejor que ninguno," dijo Remund con el rostro tenso. "Nuestro padre no es un hombre sentimental."

Angharad miró a Cozme, quien parecía tratar el asunto como si no le concerniera. Evitó su mirada, lo cual era suficiente comprobación. La Pereduri ocultó su repulsión ante la idea de que un parricida pudiera ser recibido de nuevo en su familia tras haber cometido tal acto. Era una locura pensar que Sacromonte pudiera considerarse una nación civilizada sin responder a tal crimen atroz, arrojando al parricida por un acantilado.

"Pero esa conversación puede esperar hasta mañana," dijo Isabel. "¿Debería pedirle a Beatris que repare tu capa otra vez?"

Su sonrisa al decirlo era astuta, un chiste solo entre ellas dos. Angharad se sintió incómoda compartiendo esa broma frente a Remund Cerdan, quien aún parecía esperar que estas pruebas culminaran en un matrimonio.

"Por favor," dijo Angharad, lanzando una mirada a su alrededor.

¿Dónde estaría Beatris, en realidad? No había visto ni rastro de la única doncella que quedaba de Isabel desde que alcanzó el refugio.

"Está descansando," explicó Isabel, respondiendo a una pregunta no formulada.

Song bufó con desdén.

"Está en estado catatónico," corrigió severamente la mujer de ojos plateados. "Ha estado al borde de la muerte muchas veces, sus nervios no soportarían mucho más, y no debería estar en esta isla desde un principio."

Song le devolvió la mirada fría a Isabel, igual que ella. Angharad quedó inmóvil de sorpresa, pues nunca antes la Tianxi había sido tan belicosa con uno de los infanzones, ni siquiera Augusto después de matar a Gascon. Lo que resultaba aún más sorprendente era que no mostró indicios de retroceder, incluso ante la abierta desaprobación de Isabel.

"Todos estamos cansados," dijo Angharad. "Y sin duda mi capa puede esperar."

Se levantó rápidamente, casi con prisa.

"¿Hablaban de una tina?, creo que sí."

Ambas apartaron la mirada con rapidez, apagando por ahora la chispa del enfrentamiento. Su petición extinguió la tensión momentáneamente, ya que Song y Brun ayudaron a Angharad como habían prometido, pero claramente se había trazado una línea en su ausencia.

La tina no era más que un barril con un fuego debajo, lo suficientemente grande para que ella pudiera sumergirse hasta el cuello en el agua. Estaba caliente, y el calor le pareció renacer, lavando toda la suciedad y la sangre. Casi se quedó dormida en su interior, aunque no duró mucho al salir. La Guardia había preparado colchonetas en las pequeñas cámaras improvisadas en los establos, por lo que simplemente se apoderó de la que estaba junto a la de Song, cerrando la cortina antes de meterse en los mantas.

Ella salió en un instante.

--

Angharad despertó temprano, entre las primeras en hacerlo, y salió tambaleándose de su dormida en busca de algo para comer. Solo unos pocos la habían precedido, entre ellos Lady Acanthe y el veterano Tianxi llamado Yong. Ambos evitaban mirarse y, como el centinela encargado de distribuir el gachas matutino —una porquería de consistencia horrible y sabor ligeramente salado— no parecía tener ganas de conversar, ella comió en silencio. Para cuando llegó a la mitad, Song se unió a ella, y pronto ambas compartieron su queja acerca del miserable alimento. La conversación permaneció ligera.

“Tus trenzas se están soltando,” le dijo Song.

Ella lo había sospechado, pero no podía estar segura sin un espejo.

“Y el cabello también está seco,” suspiró Angharad. “Creo que la lluvia hizo más daño que el baño.”

Al menos, sus puntos ya no le dolían, ni siquiera cuando sonreía.

“No puedo hacer mucho por eso, pero puedo ayudarte con las trenzas,” ofreció Song. “Solía trenzar el cabello de mi hermanita.”

Angharad se sorprendió al escuchar esto.

“¿Tienes hermanos?” preguntó.

“Soy la tercera de cinco,” sonrió la mujer de ojos plateados. “Mis padres eran muy ordenados: dos hijos, luego tres hijas.”

“Yo soy hija única,” compartió Angharad. “Tenía algunos primos por parte del hermano menor de mi madre, pero creo que ya están muertos.”

El tío Arwel y sus dos hijos estaban en la mansión cuando esta fue incendiada. Nadie logró escapar.

“¿Tu tío en la Guardia?”

“No, el tío Osian es el mayor de una pareja,” explicó Angharad. “Mi madre tenía dos hermanos menores.”

A diferencia de su padre, que como ella había quedado sin hermanos. Tampoco había conocido a sus abuelos por parte de esa familia, ambos fallecidos años antes de su nacimiento. Hablar de sus familias cargaba la conversación de un silencio pesado, por lo que Angharad aceptó la ayuda con las trenzas para cambiar el ánimo. Song tomó un banco y la Pereduri se sentó frente a ella, encontrando reconfortante que alguien se ocupara de jugar con su cabello. Ambas se sintieron mejor y permanecieron allí, mientras el resto del fuerte comenzaba a despertarse a su alrededor.

“Ishaan aún parece enfermizo,” susurró Song.

Los ojos de Angharad encontraron a la pequeña Someshwari en cuestión, quien, como muchos de ellos, miraba con poca ilusión su cuenco. Ella pensó que también lucía pálido, y su elegante túnica de azafrán estaba manchada con sudor viejo.

“No es buen momento para enfermarse,” dijo Angharad.

“No creo que él esté, al menos no en ese sentido,” le respondió Song. “La compañía de Inyoni llegó un día completo antes que nosotros, pero encontraron la bestia heliodora en el camino. Uno de ellos usó un contrato para escapar, y ahora Ishaan Nair parece enfermizo, aunque tuvo más descanso que los demás.”

Es, admitió ella, un detalle de importancia. Sin embargo, no hablaron más del asunto, porque algo más captó su atención. La anciana con la que Angharad había viajado algunas horas, Vanesa, estaba siendo ayudada a sentarse por Tristan. Luego fue a buscarles gachas.

“Dicen que el médico de la Guardia recomendó amputar la pierna,” dijo Song. “Ella rechazó, pero no la mantendrán con medicamentos para el dolor eternamente — esos son caros, y si no puede participar en la prueba, ¿qué les importa?”

“¿Supiste cómo resultó herida?” preguntó Angharad. “No parece obra de Xical ni de un ser oscuro.”

Ella no quiso lastimar a Ferranda ayer al recordar la herida aún reciente de la muerte de Sanale, pero seguramente otros del grupo habían hablado. Song soltó una risa entre burlona y satisfecha.

—Es una historia que vale la pena escuchar, y no han sido tímidos en compartirla —dijo.

Angharad escuchaba con atención el relato, cada palabra la sorprendía más, pues parecía increíble que alguno de ellos hubiera sobrevivido. Sin duda, los sucesos estaban exagerados, pero usar a un monstruo engañado como puente era un detalle demasiado vívido como para haber sido completamente inventado.

—¿Esto lo hizo Tristan? —preguntó.

—Y Sarai —le recordó Song—. Las señales son un arte de gran poder.

Angharad no discutía esa afirmación, pero le costaba creer que el mismo hombre que había golpeado a una mujer casi indefensa por un arma que le había llamado la atención, arriesgara tanto por otros. Para cuando Song terminó de peinarse, todos estaban despiertos, y mientras la conversación bajaba de tono, la noble consideraba su próximo paso. Tupoc Xical debía pagar por sus acciones, pero no mediante un asesinato miserable como insinuaba el sargento. Era necesario un juicio, con los delitos claramente expuestos y testigos que juraran en sede legal.

Había hecho suficientes enemigos como para que Angharad creyera tener buenas posibilidades. La única duda era a quién debería acercarse primero, si a Lady Inyoni o a... Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la aparición radiante de la sargento Mandisa, quien salía de la improvisada cocina con una gran olla de cobre, aporreándola sin piedad con una cuchara de madera. La mesa más cercana, donde estaban Yaretzi y Ferranda, se estremecía ante el estruendo.

—¡Reúnanse, reúnanse! —llamó la sargento malani—. Un oficial requiere su atención.

La mayoría se levantó de inmediato, un par terminando inexplicablemente el resto de su avena primero, pero para cuando el teniente Wen salió de los barracones, incluso los que aún estaban sentados se pusieron en pie. El Tianxi ya llevaba sus gafas de oro y arrancaba tramos de lo que parecía pan fresco. Al terminar el último, se colocó frente a todos y aclaró la garganta. El sonido no parecía lamentarse por hacerlos esperar mientras comía.

—Nuestros exploradores han regresado —anunció el teniente Wen—, así que, como prometimos, revisaremos los detalles de la segunda prueba.

La sargento Mandisa se acercó para quedar junto a él, aún sosteniendo la temible olla y cuchara.

—La Prueba de las Ruinas es tan sencilla como la primera —dijo el teniente Wen—. ¿Ves cómo alguien dejó un montón de santuarios detrás de mí?

Era difícil no notarlo, considerando que la mayor parte de la gran caverna había sido engullida por las ruinas. Se oyó un murmullo general de acuerdo, aunque ninguno dieron una respuesta legible. Todos habían comprendido ya que avanzar con el teniente solía resultar en que los tomaran por broma en lugar de recompensarlos.

—Hay caminos allí adentro —dijo el teniente Wen—. Al final de ellos hay una puerta con un dios atrapado dentro: llegar, cruzar la puerta, y eso es todo. Esa es toda la prueba.

Alguien aclaró la garganta. Angharad reconoció después de un momento a Cozme.

—¿Entonces una especie de laberinto que requiere una ofrenda al final? —preguntó el soldado con bigote—. ¿Llena de peligros, supongo?

El guardia corpulento sonrió con los dientes al otro, aunque la sonrisa era más de dientes que de amabilidad.

—Eres un perro de infanzón, Aflor, no pretendamos que no leíste todo sobre esto antes de subirte al barco —dijo el teniente Wen—. Es como fingir que tu virginidad ha vuelto mágicamente después de entrar en un prostíbulo.

Los labios del Maestro Cozme se afinaban y su bigote temblaba de ira, pero se contenía para no responder. La sargento Mandisa aclaró su garganta. La Tianxi le dirigió una mirada de reprobación, pero ella solo volvió a aclararse, más fuerte. El teniente Wen suspiró.

—Está bien —dijo—. Seré respetuoso con su delicada inclinación a la modestia y los introduciré en esta aventura con una presentación apropiada y llena de cariño.

Angharad se preguntó si solicitarle cortésmente que abandonara esa metáfora mejoraría las cosas o las empeoraría. Decidió que, seguramente, las empeoraría.

—Bienvenido al Juicio de las Ruinas —dijo el teniente Wen con un humor ácido—. No sabemos quién colocó esos santuarios allí ni por qué, pero hay una cosa clara: están llenos de dioses muertos y moribundos.

Espíritus, quiso decir. Angharad no entendía por qué la existencia de un espíritu muerto debería importar mucho —quizá quedaran rastros de poder, pero ¿solo eso?—, sin embargo, un ser atrapado y agonizante sin duda no era una criatura con la que se pudiera jugar.

—Eso puede parecer una mala noticia —dijo el teniente Wen, permitiendo una pausa—.

—¡Porque lo es! —aportó de ayuda la sargento Mandisa—.

—Pero también es la forma en que podrán avanzar —manifestó la Tianxi, metiendo los pulgares en su cinturón—. Nuestros amigos en las ruinas solo pueden llegar hasta cierto punto devorándose entre ellos —observar los rendimientos disminuyen, ya sabes cómo va esto—. Pero comer personas, ¿eso? Eso retrasará su extinción por una década o dos. Así, ellos os permitirán acceder a sus santuarios.

—Para que puedan comerse a ustedes —añadió la malani por si alguien lo había olvidado—.

—No todos los santuarios se abrirán —advirtió el teniente Wen—. Algunos dioses están saciados, o demasiado cerca de la muerte o han enloquecido hasta tal punto que ya no recuerdan cómo eran. En la práctica, eso significa que navegaréis por un laberinto para llegar a la puerta al otro extremo de la caverna.

—Parece que hay muchos dioses que matar —dijo Shalini Goel con escepticismo—. ¿Podrán incluso los guardianes hacerlo?

—No podemos —afirmó con aprobación el teniente Wen—. Pero no por las razones que pensáis. Si alguno de vosotros es idiota o ciego, quizás se haya perdido la gran estructura dorada que gira en el cielo.

Para la falta de sorpresa de Angharad, nadie se adelantó a declararse un idiota ciego admitiéndolo. Aunque, en realidad, incluso el menos observador no podría haberlo pasado por alto: la única razón por la que la caverna no era una sima completamente oscura, rota solo por la luz de linternas ocasionales, era el suave resplandor emitido por la grandiosa máquina colgando del techo.

—No hemos logrado confirmar si es obra de los Antediluvianos —dijo el teniente Wen—, pero es probable. Y quizás por eso no solo sea una linterna vanidosa: también es una máquina de éter que impone restricciones a todos los dioses en su zona de influencia.

Angharad inspiró profundamente, y no fue la única. Caminar por las ruinas del Primer Imperio, esas obras de piedra desgastadas y rotas, era una cosa; recorrer la luz de uno de sus milagrosos artefactos, otra. Nadie había domesticado a Vesper como lo habían hecho los Antediluvianos, ni siquiera Liernan en su apogeo.

—Hemos observado dos restricciones —les informó el teniente Wen—. La primera, ningún dios puede hacer daño a nada que no sea otro dios de manera directa. La segunda, los dioses están ligados a su santuario o sede de poder. Como consecuencia, la Guardia desarrolló un método.

—Vamos a hacer que atesoren sus almas en cajas y las apuesten —anunció la sargento Mandisa con entusiasmo—.

Angharad se atragantó con esas palabras, casi sin creer lo que acababa de escuchar. No fue la única. El Tianxi con gafas se clavó en la mirada a su sargento.

"Estaba preparándome para eso," le reprochó.

Es notable que no contradujo al sargento Mandisa. La expresión en el rostro del teniente Wen podría haber parecido un puchero si no fuera por su innata cantidad de despecho, que hacía que cualquier aplicación de esa palabra fuera inapropiada.

"Está bien, ya no hay diversión de todas formas," suspiró. "Mira, siempre y cuando los términos sean acordados entre mortal y dios de antemano — y se respeten durante — la máquina de éter no considera lo que sucede después como violencia. Así, todos tienen la oportunidad de conseguir lo que desean: el dios te pone a prueba, un juego con reglas, y si fallas o mueres durante, se llevan tu alma. Si ganas, te dejan pasar por su territorio, a veces incluso te otorgan un premio."

"Solo los amables hacen eso," dijo la sargento Mandisa. "No quedan muchos de esos, los que no son amables tienden a comérselos."

"¿Debimos haber traído nuestras propias cajas de alma, o las proporcionarán ellos?" preguntó Sarcásticamente Shalini.

"Puedes usar las nuestras," sonrió el teniente Wen. "No es nada muy siniestro, Goel — una linterna de hierro forjado salpicada con tu sangre para marcar tu presencia en el éter. Técnicamente, estás apostando por la marca, no por tu alma. Solo que, por casualidad, la marca es suficiente para que te acerque."

"¿Usan sellos de éter?" preguntó Tupoc Xical, sonando realmente sorprendido.

Y parecía complacido, por alguna razón. Eso no presagiaba nada bueno.

"Cállate, Sociedad del Leopardo," replicó el teniente Wen, poniendo los ojos en blanco. "Es solo una marca temporal. No estamos exactamente quemando almas para mantener nuestras velas encendidas, así que deja de buscar una o dos aldeas a las que secuestrar."

"Es una calumnia abominable, teniente," respondió Tupoc con una sonrisa amistosa. "El propósito de la Sociedad del Leopardo es perseguir a los criminales que huyen más allá de las fronteras de Izcalli, nada más."

La pareja de Someshwar escupió con fuerza y la expresión de Yong bien podría haber sido tallada en piedra.

"Por supuesto, por supuesto," aceptó el teniente Wen.

Un segundo después, le dirigió a los Aztecas la expresión más exagerada de guiño que Angharad había visto.

"¿Y la puerta al final?" gritó Lady Inyoni. "Nada más es simple, no puedo creer que sea así."

"Es bastante sencillo," dijo el teniente con gafas. "El dios en la puerta no abrirá a menos que diez o más de los que llama 'vencedores' — es decir, los que apostaron su alma y ganaron — estén delante de ella."

Angharad mordió la parte interna de su mejilla. Y allí, la naturaleza de la prueba cambió nuevamente, el teniente Wen arrojando la alfombra bajo sus pies. Solo quedaban veinticinco de ellos, y varios de estos ya no estaban en condiciones de luchar. Los Pereduri no podían simplemente apostar su alma diez veces y lograr la victoria suficiente para abrir la puerta por sí mismos; otros debían triunfar también. Y si pierden incluso una sola vez, o después, ese será el fin del camino. Por eso Tupoc estaba tan seguro de que se saldría con la suya: matarlo sería como tirar a un victorioso a la basura. Y antes de que nosotros lo ejecutemos, él matará a algunos de nosotros, reduciendo aún más nuestras probabilidades.

Angharad consideró sus posibilidades de simplemente matarlo, sin juicio ni veredicto, en el momento en que salieran del santuario. Ella sola apostaba mejores probabilidades que las parejas, pero eso no sería rápido y traería complicaciones. Ocotlán parecía dispuesto a apoyarlo en una pelea, Augusto seguro y quizás incluso Acanthe Phos. Angharad no carecía de aliados y Tupoc ciertamente había hecho suficientes enemigos para estar oculto, pero sería una escaramuza y no un duelo. En ese caos, ¿cuántos estarían heridos o muertos?

Los costos serían demasiado elevados.

Incluso si ella reuniera almas vengativas suficientes para atacar con su poder, otros se opondrían: más temerosos de las muertes que vendrían que enojados por las que ya se habían producido. El momento en que Tupoc lograra juntar a alguien para apoyarlo, y demostrara que sería una pelea y

no una ejecución, su respaldo se disolvería como niebla. La prueba que ella había querido organizar ya estaba prácticamente enterrada. Angharad respiró profundo, dejó que la indignación y la ola de furia — él tenía razón, el monstruo sonriente, se iba a escapar con ello — se hundieran en sus huesos, permitiendo que se cocieran allí mientras calmaba la superficie de su ser.

Gritar un arrebato no serviría sino para hacerla parecer inestable, indigno de una alianza. Ya había intentado matar a Augusto ayer; si ahora perdía los estribos porque no le permitirían presidir otro juicio, parecería una lunática sedienta de sangre. Por ahora, su reputación era sólida, y la de Tupoc, tan mugrosa como un escusado completo: demasiado nauseabunda para que otros quisieran acercarse y desecharla, pero eso no significaba que a nadie le agradara el olor. No podía, ni quería, abandonar las demandas del honor, pero Angharad era capaz de esperar su momento. Obtendría juramentos y aliados, y luego tendría la última palabra. Los muertos siempre eran pacientes y ella no daría menos que ellos.

Para cuando logró dominarse completamente, la conversación había avanzado y el vigilante con gafas comenzaba a hablar de nuevo.

"Son un grupo afortunado", anunció el teniente Wen con suficiente jovialidad. "Este año, tres de los primeros santuarios están abiertos, así que tienen muchas opciones para escoger."

Lan levantó la mano.

"Sí", invitó el teniente.

"¿Es eso bueno?", preguntó.

"Eso es bueno", asintió el teniente Wen. "Significa que los caminos sin salida son mucho menos probables, lo que evitará que tengan que pasar por un santuario cuya prueba matará a la mitad de ustedes."

"Y nunca son los que uno espera", musitó el sargento Mandisa. "El Enigma-Contador suele ser un amor de persona."

Angharad tomó la decisión firme e inmediata de evitar cualquier santuario cuyo espíritu tuviera ese nombre. Cuando quedó claro que el teniente Wen no hablaría a menos que se le preguntara, la multitud empezó a dispersarse. Algunos sabían qué venía, al menos en parte; la mayoría necesitaría tiempo para digerir la prueba que se avecinaba. Lo que la hacía avanzar hacia ella era un hombre del que ella creía ser parte del pasado, que se acercó mientras otros se apartaban, haciendo espacio. El espacio se extendió a su alrededor, por miedo o por educación. Angharad respiró profundo, con la espalda erguida, y enfrentó a su adversario.

Tupoc Xical salió de la Prueba de Líneas sin un rasguño.

Había un pequeño desgarró en la falda larga y blanca que llegaba hasta sus tobillos, ya remendado, pero su camisa de cuello verde y la coraza opaca que llevaba encima no tenían ni una sola mancha. Angharad, que solo se había lavado una vez en varios días y cuyos peinados no estaban en el estilo correcto, solo podía envidiar el brillo de su pelo largo. Incluso los pendientes

redondos que colgaban de su oreja habían sido pulidos con reciente cuidado, reflejando cobre y oro cada vez que atrapaban la luz. Su mirada debió haberse quedado allí, porque Tupoc le mordió un labio con un dedo y le regaló una sonrisa.

"¿Te gustan?", preguntó el Izcalli. "Fueron un regalo de mi maestro cuando declaré mi intención de ingresar a la Guardia."

—Al menos, no eres un desertor —respondió Angharad con frialdad.

El hombre frunció el ceño con desaprobación.

—Me ofrecieron ayuda en esa empresa, Angharad Tredegar, no censura —le informó Tupoc—. Consideramos a las torres de cuervos con gran estima: ellos también comprenden las lecciones de la Quinta Pérdida.

No fue por educación ni por cortesía, sino por la falta de ánimo para hacer rodar los ojos, que Angharad no se permitió mostrar su fastidio. No estaba de humor para tolerar las supersticiones famosas de Aztlán, que el Reino de Izcalli había convertido en dogma, un añadido a las enseñanzas de la Ortodoxia —el mito de una antigua guerra contra el cielo, que terminó en derrota y exilio, y solo podía revertirse triunfando sobre el Círculo Perpetuo. Que el camino hacia ese triunfo implicaba que el Reino de Izcalli invadiera a sus vecinos cada vez que tuviera oportunidad, no había favorecido la predicación del clero izcallense.

—¿Y qué sería eso, Tupoc? —preguntó ella—. Según tus acciones, supongo que vendernos a los cultistas.

—Que las luces se están apagando —respondió Tupoc con seriedad—. Que no puede haber mal en ningún acto que se emprenda para mantenerlas encendidas un suspiro más. ¿Qué crees que es la Vigilancia, Lady Tredegar?

—Los guardias de Vesper —contestó—. Los guardianes de los Acuerdos de Iscariote.

—Son la tapa de un pozo muy profundo —dijo Tupoc Xical, moviendo la cabeza—. Solo cuando cumplen con su deber pueden permitirse respirar, y aún así, nada más.

La perfecta sonrisa de Aztlán se dibujó en su rostro, totalmente convencido de sus palabras. Angharad quizás habría sentido algo de compasión por él, por la forma en que debía creer en esto para poder mirarse al espejo, si no fuera uno de los hombres más viles que había conocido. Ningún encanto superficial podría hacerla olvidar el grito de terror que desgarró la garganta de Briceida. Cansada de esta actuación, de tener que ofrecer modales a un monstruo, buscó su mirada y la sostuvo.

—¿Qué quieres? —preguntó ella de manera directa.

—Guiaré a unos guerreros por un camino —dijo Tupoc—. Sé uno de ellos y te entregaré al hombre cuya muerte buscas.

Ella mostró los dientes.

—Solo uno de ellos —le aclaró Angharad—.

—Avaro —le reprochó el Aztlán, más divertido que ofendido—. Pero parece que aún no estás lista para negociar.

—Ni lo estaré nunca —respondió ella.

Tras un breve asentimiento, le dio la espalda. La mayoría de los que participaban en el juicio se habían dispersado tras la elocuencia del teniente Wen, pero no había otro lugar a donde ir más que el gran patio: ninguno se había alejado demasiado, más allá de la distancia que la cortesía permitía para una conversación privada. La gente andaba en parejas y pequeños grupos, observándose unos a otros, pero antes de que Angharad pudiera decidir qué debía hacer, Isabel se acercó a ella. La infanzona le ofreció una sonrisa suave y su brazo en señal de compañía.

—Camina conmigo —le pidió Isabel Ruesta.

¿Quién era Angharad para negarle? No había mucho que hacer más que pasear en círculos en el patio si no querían abandonar la seguridad del fuerte, así que se decidieron por eso.

—La segunda prueba —le explicó la belleza de cabello oscuro—, es donde la mayoría de la gente supuestamente muere. Mi familia sabe poco sobre la Prueba de las Hierbas, y solo que termina en un puerto del otro lado de la isla, pero no parece tan peligrosa.

“Los espíritus nunca deben ser tomados a la ligera,” estuvo de acuerdo Angharad.

“Entonces, debemos formar alianzas, de lo contrario estaremos a merced de otros,” dijo Isabel, haciendo una pausa.

La infanzona lanzó una tímida mirada.

“Eso es, si aún deseas que me acompañes,” dijo ella. “No quisiera suponer, ahora que no me queda guardia y solo una doncella que...”

“Por supuesto,” se apresuró a responder Angharad. “Debes saber que no te abandonaré ahora, Isabel, no cuando el peligro ha alcanzado su cenit y estás prácticamente sola.”

“Gracias,” expresó Isabel con emoción. “Remund y el Maestro Cozme son amigos dignos, por supuesto, pero no puedo confiar en ellos como en ti.”

“Cozme cumple con su deber,” admitió ella.

Y era Cerdan a quien juró proteger, no a alguien de la Casa de Ruesta.

“Nosotros cuatro —cinco, cuando Beatris se recupere— formamos una columna respetable para una expedición,” dijo Isabel.

“Cinco no serán suficientes,” replicó Angharad.

No cuando ni Isabel ni Beatris eran buenas en combate.

“Entonces, será necesario reclutar,” la otra mujer concedió. “Creo que lo mejor sería que tomes la iniciativa en esto.”

Angharad levantó una ceja.

“Quizá no lo hayas notado, pero tu reputación alcanzó nuevas alturas tras tu enfrentamiento con el Ojo Rojo y sus aliados traidores,” le dijo Isabel. “Tupoc relató cómo enfrentaste solo a toda una banda de guerra cuando él llegó aquí, y que creía que vivirías.”

La infanzona apretó su brazo.

“Serás buscada,” dijo Isabel. “Puertas que permanecían cerradas ante mí, se abrirán para ti.”

Angharad frunció el ceño. Aunque estaba fascinada, aún podía ver lo que se ocultaba detrás de lo que había dicho Isabel: la estrella de las infanzonas se estaba desvaneciendo mientras la suya había empezado a ascender. En la Calabaza Azul, Lord Remund e Isabel habrían escogido a sus aliados y Angharad habría asentido con la cabeza. Ahora, el equilibrio se había invertido: serían ellos quienes debían asentir, sin importar las decisiones de ella. Eso requeriría acostumbrarse. Una vida entera de ostentar el título menos importante en cada sala no la preparó para ello, aunque su padre le había estado preparando para gobernar en Llanw Hall.

“Entonces, me ocuparé de abrir esas puertas,” respondió Angharad con una sonrisa forzada.

Tras concluir otra ronda en el patio, se despidieron, Isabel recordándole que siempre estaría allí si Angharad necesitaba consejo. Por casualidad, terminaron cerca de un viejo conocido, lo que hizo que el primer paso fuera lo bastante claro para Angharad: Brun estaba arrodillado junto a un banco, preparando sus suministros y ordenándolos. Además, ella vio que vigilaba con atención el resto del patio mientras trabajaba. Se volvió hacia ella cuando se acercó, levantándose lentamente.

“Lady Angharad,” dijo, bajando las mangas. “Veo que ya has terminado de hablar con Ruesta.”

Un toque de timidez.

“Supongo que eso hace mi propósito bastante evidente,” añadió Angharad.

“Un poco,” Brun encogió los hombros.

No hizo la petición y él no la ofreció, lo cual le reveló todo lo que necesitaba saber sobre cómo sería la conversación si ella la hacía. La expresión se le notó en el rostro y Brun pasó una mano por su melena rubia antes de fruncir el ceño.

“Me hubiera gustado acompañarte,” admitió. “Pero no volveré a seguir a las infanzonas, no después de lo que fue la última vez.”

“Augusto no estará con nosotros,” dijo Angharad.

Sus labios se estrecharon.

“¿Y cuánto hizo su hermano cuando Gascon recibió una puñalada en la espalda?” preguntó.

“¿Intentó Remund Cerdan ayudar a Briceida cuando la raptaron, o huyó como un conejo en cuanto pudo?”

Brun había sido amigo de la doncella pelirroja. Habían estado cortejándose, o casi eso. La muerte de ella no era algo que tomara a la ligera. Angharad apartó la vista, avergonzada de no tener nada que decir. Ninguno de los Cerdan había dejado buena impresión en el Dominio de los Objetos Perdidos.

“Odioría que tengas esa expresión en el rostro por ellos,” dijo Brun en voz baja. “No sé qué eres, Angharad Tredegar, pero no eres un infanzón. Te usarán hasta que te rompas, igual que hacen con todo lo demás, y después no sentirán ninguna lágrima. Es simplemente su naturaleza.”

“Hay más en ellos que eso,” respondió Angharad.

“Quizá,” admitió Brun. “A veces, uno de cada mil hombre logra enriquecerse rebuscando en los excrementos, es verdad. Pero incluso en ese caso, Angharad, todos los demás solo tienen mierda en las manos.”

La expresión fue grosera, pero ella comprendió el significado: no iba a arriesgarse a confiar ni en Remund ni en Isabel después de lo que había visto de ellos. Era, por mucho que le desagradara admitirlo, completamente comprensible. Y no era deber de Brun convencerse del valor de los nobles que gobernaban sobre él — si las ovejas buscaban el cayado del pastor, no haría falta, como dijo una vez la Alta Reina.

“Lo entiendo,” dijo ella. “Ojalá fuera distinto, pero, ¿qué otro ruido puede ser eso?”

Brun se mordió el labio con preocupación.

“Te debo la manera en que alejaste a los cultistas de nosotros,” dijo el Sacromontano. “No lo olvido.”

“No lo hice por recompensa,” rechazó Angharad. “Éramos compañeros, luchar para mantenernos con vida no es más que lo que se nos debe.”

Él parecía frustrado, por razones que ella no lograba entender.

“No creo que los equipos de buzos sigan siendo los mismos,” le dijo Brun. “Podemos conversar otra vez en unos días, ver si hay algo que se pueda hacer.”

Ella sonrió, valorando más la intención que la esperanza de que esa posibilidad alguna vez se materializara.

“Aún te veré en el campamento,” le dijo Angharad. “No tenemos por qué ser desconocidos.”

“No,” murmuró él. “Supongo que no.”

“Entonces cuida de ti, Brun,” añadió ella. “Quizá la tercera prueba nos reúna una vez más.”

Asintió con gesto nervioso, avergonzado.

“Estaré atento a ti,” prometió el Sacromontano. “Nos vemos, Lady Tredegar.”

Se separaron con un tono que sonaba casi agridulce. Angharad había pasado solo unos días con los compañeros que hizo en la Camelia Azul, pero los lazos parecían más viejos que eso. Más sólidos. Comenzaba a entender por qué mamá solía decir que un capitán que lucha junto a sus hombres nunca debe temer a un motín. Enfrentar la muerte juntos no es cosa pequeña. Al ver al rubio volver a su trabajo, Angharad respiró profundo. Su tripulación no tenía fuerza, eso lo veía claramente. Brun había tomado su decisión sin disimulo, y ella no lo ofendería intentando convencerlo de lo contrario, lo que dejaba en su lista un único nombre.

Song repasaba su mosquete cuando el Pereduri se acercó lentamente, inspeccionando cada parte a la luz de la linterna.

“¿Puedo sentarme?” preguntó Angharad.

—No hace falta—respondió Song sin apartar la vista de su arma.

Angharad sintió una punzada de traición ante las palabras de la otra mujer, por muy inmerecidas que parecieran.

—Dos combatientes más—continuó la Tianxi—. Si quieres que vaya contigo, eso es lo que debes asegurar. Cualquier cosa menor significa tirar nuestras vidas por la ventana.

Ella exhaló un suspiro de alivio. No se trataba de una ruptura en su relación, sino de un requisito que solo podía considerar razonable. Song no le debía nada a su tripulación, y mucho menos su vida.

—¿Prometes no aceptar otras ofertas hasta entonces?—preguntó.

—No iré con Tupoc Xical—dijo Song, apartando la vista del mosquete solo para mirar más allá de ella—. Consideraré cualquier otra opción—no pierdas tiempo, Angharad—. La competencia no se demora.

Se volvió para seguir la dirección de la mirada de la Tianxi, observando a Lord Ishaan y Shalini Goel conversando con Lady Ferranda. Angharad reprimió su desamparo. No pensó que Ferranda fuera a ser perseguida tan rápidamente; medio esperó que, habiendo fortalecido su posición, pudiera

convencer a la otra noble de que se uniera a ellas, a pesar de sus recelos hacia las otras infanzones. Por la manera en que la infanzona rubia asentía a las palabras de los otros dos, esa oportunidad se escapaba. Frunciendo los dientes, su mirada recorrió el patio en busca de otras posibilidades. Tupoc charlaba con la pareja casada, quienes mostraban expresiones vacilantes.

Incluso los desesperados sabían que era mejor no arriesgarse.

Yong conversaba con Tristan y con el anciano profesor sin dientes. No estaba segura de que los otros dos calificaran como combatientes a los ojos de Song, así que relegó esa conversación a un nivel inferior. Entre aquellos aptos para luchar, solo dos permanecían solitarios: Lady Inyoni y su sobrino Lord Zenzele. Angharad frunció el ceño. Había evitado a la pareja Malani por el comportamiento extraño del hombre, creyendo que podrían ser asesinos, pero desde que atracaron en Bluebell, no le habían prestado atención. Sus sospechas le habían jugado una mala pasada. Ambos estaban junto a la gran verja de hierro, conversando en voz baja mientras la observaban, y Angharad se dispuso a unirse a ellos.

—Nunca antes había visto algo así—decía Lord Zenzele—. Debe ser algún tipo de piedra del sur muy lejano.

El mayor de los dos se dio cuenta de su llegada.

—Lady Angharad—saludó Inyoni, girándose medio para atenderla.

—Lady Inyoni—respondió ella, y asintió hacia su sobrino—. Lord Zenzele.

La mujer mayor, de rasgos marcados, bufó.

—Mi hermana es quien obtuvo el título—dijo—. No hace falta que me lo concedan a mí también, Tredegar.

—Entonces, considérelolo como una muestra de respeto—replicó Angharad.

La anciana parpadeó sorprendida. Su sobrino parecía divertido, aunque solo superficialmente. Sus ojos estaban tan atentos a ella como cuando estaban en el barco.

—No hemos tenido mucho el placer de su compañía, Lady Angharad, así que perdone si no sabe de su respeto—dijo Zenzele con ironía—. ¿Ha venido a unirse a nuestra admiración por esta extraña piedra?

No respondió a la reproche no expresada, pues no tenía una buena contestación, y en su lugar aceptó la invitación del otro hombre. Aunque la gran verja de hierro—que no era una simple placa de metal, sino una masa de engranajes y mecanismos intrincados—estaba incrustada en el pilar imponente, el lado y las bisagras estaban cubiertos por un fino borde de otro tipo de piedra. Era de color azul profundo, similar al lapislázuli, y un simple golpe con los nudillos confirmó su sospecha: era una piedra blanda, de un tipo que ella sí reconocía.

“Este es el mármol de Savuri,” les explicó. “Pulido.”

El lord Zenzele la observó con cierto recelo.

“Parece estar muy seguro de eso,” afirmó.

“Hace apenas unos meses tuve un trozo en mi cámara...,” le contó Angharad con diversión. “Un regalo de mi madre.”

Una expresión de desagrado cruzó el rostro de la Malani.

“Por supuesto,” la menospreció. “Al menos intenta mentir de manera más creíble, Tredegar. ¿Quién es tu madre, entonces — Su Majestad Perpetua o la capitana Maraire? La corona tiene monopolio del mármol de Savuri y solo los barcos de Maraire pueden transportarlo. Todo lord en Malan lo sabe, aunque quizás la noticia no llegara hasta Peredur.”

Ella enfrentó su desprecio con una mirada fría.

“El nombre de mi madre era Rhiannon Tredegar,” respondió, “aunque, como todos los nobles de Peredur, tuvo que registrarse con un nombre malani en los registros: Lady Sizani Maraire.”

Se inclinó hacia adelante.

“En cuanto a la pieza de mármol a la que me refiero, fue la primera jamás extraída en Savuri después de la fundación de la colonia,” continuó fríamente. “La Alta Reina recibió la segunda, verás, porque su tono azul era más profundo y tenía una hermosa línea de oro atravesándola.”

Zenzele tragó ruidosamente. Se produjo un silencio largo y tenso, luego Inyoni soltó una carcajada.

“Bueno, eso te lo ganaste,” dijo la mujer curtida. “Deberías perdonar a mi sobrino, Lady Tredegar, su estado de ánimo está alterado por la tristeza.”

Al recordar que la joven que estaban llevando había sido tomada por los cultistas, su expresión se volvió sobria.

“Lamento mucho lo que le sucedió a Ayanda,” susurró en silencio.

“No sabemos si está muerta,” dijo Zenzele.

Su tono parecía el de un hombre intentando convencerse a sí mismo.

“Ruega al Dios Durmiente que así sea,” respondió la señora Inyoni con frialdad. “Es el destino más misericordioso que le puede tocar.”

El Malani apretó los puños con fuerza.

“Si Ishaan acaba de aceptar seguir adelante, entonces—”

“Entonces quizás hemos perdido a más de uno,” interrumpió bruscamente Inyoni. “O murieron en el puente porque ya había agotado su contrato.”

“Tú no sabes eso,” insistió Zenzele. “Y nunca lo sabremos, porque se negaron a intentar rescatar la razón por la que vine a esta maldita isla en primer lugar.”

Su voz se elevó casi a un grito al terminar la frase, y respiraba agitadamente. Angharad no necesitó mirarla para saber que estaban llamando la atención, pero no pudo sentirse avergonzada, porque el dolor crudo en su rostro era demasiado. Sería demasiado pequeño. Inyoni suspiró y luego le dirigió una mirada.

“Intuyo por qué has acudido a nosotros, Lady Tredegar,” afirmó. “Como puedes ver, no volveremos a formar alianza con Ishaan Nair.”

“Busqué tu ayuda para establecer una alianza,” confesó Angharad, “pero ese asunto puede esperar. Te he molestado en tu duelo.”

Zenzele resopló, aunque su ira no parecía estar dirigida hacia ella.

“Seguiré llorándola dentro de cincuenta años, Tredegar—¿qué diferencia pueden hacer unas horas? Dímelo ya.”

Su franqueza rozaba la descortés, pero la paciencia le era fácil de mantener al ver la intensidad en sus ojos. Mucho se perdona en un hombre cuando tiene un puñal en el estómago.

“Se están formando tripulaciones para explorar el laberinto,” dijo Angharad con igual sinceridad. “Quisiera que ustedes dos participaran en la expedición.”

Inyoni gruñó, analizando con la mirada.

“¿Y qué hay del peso muerto de Ruesta y su doncella, también sin valor, además del joven Cerdan—¿es cierto que tiene un contrato?”

Angharad vaciló, luego asintió con la cabeza. No era nada que no pudieran aprender simplemente preguntando.

“Ligeramente mejor,” admitió Inyoni. “Cozme no es un inútil, pero no es a él a quien estará vigilando. Tu lista no es muy convincente. ¿Conseguiste al muchacho rubio bonito o al Tianxi con los tiros habilidosos?”

“Song se unirá si tú lo haces,” dijo Angharad.

Podría haber ideado alguna frase para ocultar el detalle, pero ¿para qué molestarse? Había sido agotador el juego de trucos y contratiempos con los Cerdanes, y ella se alegraba de deshacerse de ello. Mejor no tejer la cuerda ahora que quizá más tarde se ahorcaría con ella. Inyoni le alzó una ceja, mirando a su sobrino, y Angharad supo que ella era receptiva. Lo sería, pues no podían unirse al grupo de buceadores que se formaba alrededor de Lord Ishaan y el otro prometedor en ascenso, Tupoc. Solo Lord Zenzele parecía no estar convencido.

“Pasaste todo el viaje a la isla evitando a nosotros,” dijo Zenzele. “¿Qué ha cambiado?”

Ahí trazó una línea.

“¿Me buscaste más de lo que yo te busqué a ti?” preguntó con igual tono.

Él asintió con un gruñido.

“Cancele un compromiso para venir aquí,” afirmó el Lord Zenzele de repente. “Con una casa de no poca riqueza y una reputación notoriamente vengativa. Mantenerse alejado de los que vienen de las Islas parecía más seguro.”

En la nave, recordó, sus ojos siempre estaban en movimiento. Buscando rincones oscuros. Por eso pensó en él como un asesino en primera instancia, y ahora la realización de que había estado buscando las mismas armas que ella imaginaba que portaba, le provocó una risa asombrada. La cara de Zenzele pasó de la sorpresa a la ira.

“No sé qué—”

“Soy la última de mi casa, salvo por mi tío en la Guardia,” interrumpió Angharad. “Huir de los asesinos fue mi destino, a Sacromonte.”

No había visto morir a su padre ni a sus primos con sus propios ojos, pero no cabía la menor duda. La expresión del hombre se volvió incrédula.

“Vieron que éramos de Malan y pensaron...”

“Sí,” admitió Angharad.

“Y pensamos...”

“Sí,” repitió Angharad.

Un momento pasó, entonces el Lord Zenzele soltó una risa amarga.

“Dios durmiente, eso está jodido,” admitió. “Curioso, en una forma horrible.”

Su tía puso una mano en su hombro.

“Podemos unir fuerzas,” dijo Inyoni. “Pero hay algo que debe quedar claro: no recibimos órdenes de ustedes, y mucho menos de los infanzones. Esto es una alianza, no servidumbre.”

“No pediría otra cosa,” le dijo Angharad. “Es todo lo que he prometido.”

“Bien,” dijo Lady Inyoni, luego miró a su sobrino.

Zenzele tomó un suspiro profundo y asintió.

“Podemos arreglárnoslas,” dijo. “Si antes fue así, entonces...”

Frunció el ceño.

“Podría excavar durante un año y aún encontrar más errores,” dijo el Malani. “No les voy a quitar el habla, Lady Tredegar. Iremos a buscar nuestras banderas y las colocaremos junto a las vuestras.”

Era una declaración tan clara sobre con quién estaban como podría pedir Angharad. Debería ser suficiente para convencer a Song, cuya presencia convertiría su tripulación en una fuerza respetable. La noble inclinó la cabeza en señal de agradecimiento hacia los presentes, observando cómo salían hablando en voz baja. Permitió que algo de tensión se disipara ahora que ya no estaban en la vista. Su tripulación ya contaba con ocho miembros, casi una tercera parte de quienes llegaron a la Prueba de las Ruinas, pero aún se sentía vulnerable.

Ella permaneció allí frente a la gran puerta de hierro, resistiendo la tentación de jugar con los botones de su nuevo jubón mientras se preguntaba si aún era prudente reclutar.

El suave sonido de pasos sobre las piedras la hizo mirar hacia atrás, encontrando un tricornio familiar y un nido de cuervo. El ojo negro de Tristan ahora era de un púrpura vívido, aunque la hinchazón había disminuido. Al igual que él mismo: no solo había tomado claramente un baño, sino que sus ropas más desgastadas habían sido reemplazadas. Ahora vestía una falda de tela negra sobre pantalones sueltos, metidos en unas botas nuevas, aparentemente el médico se había servido de las existencias de la Guardia. Incluso llevaba un pistón escondido en el cinturón, aunque Angharad no recordaba haberlo visto disparar nunca.

Aunque no se habían separado en buenos términos y solo se habían reunido con matices complicados, el hombre de ojos grises no parecía antipático. Cuando se acercó de forma casual a su lado, también mirando hacia la puerta de hierro, Angharad empezó a sospechar que ella era la única incómoda. Le inquietaba no saber en qué lugar estaban ambos. Le había acusado, quizás injustamente, por razones que ahora le avergonzaban. Sin embargo, él no parecía guardar rencor y se había preocupado por sus heridas cuando se encontraron en las escaleras que conducían al santuario.

Por molestarla volver a sacar a relucir su conflicto, Angharad sabía que esa era la única manera de aclarar las cosas. Mejor terminar con ello.

—Me equivoqué al acusarte después de que el gemelo muriera— dijo Angharad con serenidad.

No se trataba de una disculpa, ella no pediría perdón por haber pensado que pudiera haber estado involucrado cuando él había golpeado a la mujer asesinada apenas un día antes, pero tampoco evitaría reconocer que había sido injusta en su acusación, motivada por el orgullo herido en lugar de una verdadera búsqueda de la verdad. La sensación de haber sido engañada por la buena impresión que le había causado y la amarga realidad de que esa percepción había sido errónea no era una razón honorable para acusarlo. Había sido impulsada por su orgullo, no por un deseo genuino de saber si él había matado a la Tianxi.

—Yo era la sospechosa natural— reconoció Tristan—. Imagino que esa fue la razón principal por la que apuntaron a Jun desde el principio.

Angharad cambió de posición incómoda, sintiendo que aún no se había aclarado nada.

—Ya no creo que hayas tenido algo que ver en eso, aunque eso tenga valor para ti— ofreció.

Eso, al menos, provocó una reacción.

—¿Tupoc Xical, es así?— preguntó el Sacromontano con medio sonrisa.

—Ya planeaba ofrecer nuestra pista a los cultistas— dijo Angharad—. Parece coherente pensar que sembró las semillas para que tomáramos nuestro propio camino.

—Nuestra banda llegó a esa misma conclusión mientras huíamos— le contó Tristan—. Pero ahora tengo dudas.

Ella se sorprendió, alarmada.

—Era solo cuestión de tiempo hasta que nos separáramos, de cualquier modo— continuó el Sacromontano—. Entonces, ¿qué ganó realmente Xical?

—Fue el más vehemente en culparte—aportó Angharad—.

No era raro que los hombres intentaran desviar la culpa para evitar pagar por sus crímenes.

—No niego que aproveché la oportunidad para incitar al conflicto— concedió Tristan—. Pero, ¿por qué hacerlo si el elemento sorpresa le habría servido aún mejor? No habríamos sospechado de él tan pronto si no fuera por la muerte de Jun.

—Si no fue él— preguntó ella—, ¿quién fue?

Tristán le sonrió, aunque esa expresión no alcanzaba a sus ojos grises.

—No lo sé, Lady Angharad—, dijo—, y eso me preocupa más que la idea de algunos dioses en un laberinto, porque esos no nos seguirán más allá de los muros del Viejo Fuerte.

La noble no estaba convencida, pero tampoco desestimó sus sospechas de inmediato. Que él estuviera tan ensimismado persiguiendo sombras, cuando se decía que era intrépido frente a un monstruo tan formidable como un airavatan, era una contradicción más desconcertante. Ella apartó la vista, volviendo su mirada hacia la puerta de hierro.

—Algunas personas aquí son fáciles de ubicar—, dijo finalmente Angharad—. Tú, en cambio, has sido una presencia incómoda en cualquier lugar al que has llegado.

Él levantó una ceja.

—Gracias por el cumplido.

Ambos sabían que no era así.

—¿Qué hacías, Tristan, si puedo preguntar?—, insistió ella—. Pensaba que eras aprendiz de médico, pero Ferranda te llama valiente, y manejas una daga como un cobrador de deudas.

—Nunca he conocido a alguien que encajara en una caja sin que primero le cortaran algunas piezas—, respondió Tristan con suavidad—. En cuanto a mi oficio, hacía lo que fuera necesario para mantenerme alimentado aquel mes. Algunas partes de eso eran más agradables que otras, como lo eran las lecciones que el mundo me iba enseñando.

Al verla con expresión de incredulidad, suspiró.

—Algunos de esos meses los pasé sirviendo como asistente de un cortador—, dijo Tristan—. He sido niño mensajero, traficante de bienes robados, contrabandista y una docena de oficios que nunca fueron tan ordenados como para llamarse profesión.

Angharad pensó que era un criminal, con los labios apretados. Había comenzado a sospecharlo, pero sería un grave insulto asumirlo sin más. Si esto hubiera sido Peredur, si él hubiera optado por quebrantar la ley cuando un par se gobernaba sobre él, ofreciéndole la oportunidad de un trabajo honesto, lo hubiera despreciado. Pero solo él era de Sacromonte, esa ciudad en jaque, en la que las almas en la entraña del monstruo difícilmente tienen muchas opciones. Angharad no creía estar equivocada al tratar de ubicar a las personas, pero aún había mucho del mundo por ver y entender.

Si un hombre no encajaba en una caja, pensó, la culpa reside en la caja y no en el hombre.

—¿Eso te tranquilizó un poco?—, preguntó.

Su tono era curioso.

—Al contrario, creo—, murmuró Angharad—. Pero quizás sea lo mejor.

Aprender sin molestias solo permite explorar aguas superficiales. Tragó saliva, con la boca seca, y de manera impulsiva habló.

—Podrías unirte a nosotros—, dijo—. En el laberinto, me refiero.

Sus ojos grises la analizaron.

—No tengo intención de salir ahora—, declaró Tristan—. Al menos, por el momento.

No sabía si sentía alivio o decepción.

—Has peleado más que la mayoría—, reconoció Angharad—. El descanso es merecido.

—Eso no es lo que quiero, quedarme aquí—, sonrió—. Mira, no estoy convencido de que el Teniente Wen nos haya dicho toda la verdad.

Ella parpadeó.

—¿Sobre el laberinto?—

—Sobre que esta prueba sea tan sencilla como la Prueba de las Líneas—, afirmó él—.

No aclaró más, y ella no preguntó. Su camino ya estaba definido, y respetaba que él hubiera encontrado el suyo, aunque creyese que no lo llevaría a ningún lado. La mirada de Tristan se quedó fija en la gran puerta de hierro, sin apartar la vista.

"¿Qué es lo que te interesa tanto de ello?" preguntó Angharad. "Es el laberinto el que nos llevará a través, no la puerta."

El hombre inclinó la cabeza hacia un lado.

"Esos mecanismos en la puerta, las piezas móviles", dijo. "¿Qué dirías que parecen?"

Angharad parpadeó sorprendida, y luego observó cuidadosamente todo. La puerta de hierro debía tener unos cincuenta pies de altura y aproximadamente la mitad de ancho, pero parecía más pesada por toda la maquinaria que la adornaba: engranajes, ruedas, bandas de metal, placas ajustadas como una cuadrícula, y tantos pistones y piezas entrelazadas que era difícil distinguir dónde comenzaban o terminaban los mecanismos. Había visto algunos planos de las maravillas de la Primera Imperial, cuando era niña: las famosas torres de la Costa de la Torre, las velas de Izcalli e incluso la Puerta Rota, antes de que Triglau la rompiera — y el parecido era asombroso.

"Una cerradura", dijo finalmente.

"Eso pensé también, al principio", dijo Tristan.

"¿Ya no?"

"Ya no más, no", aceptó él.

El hombre de ojos grises sonrió.

"Ahora mismo, diría que parecen relojes en movimiento."

---

Revision #1

Created 20 April 2026 21:29:52 by Michael Brown

Updated 20 April 2026 21:29:55 by Michael Brown